

Retrato de un Príncipe



Una Leonie Flett

Retrato de un Príncipe

Relato inédito

Soy Don Baltasar Carlos, heredero del trono. Nadie, salvo los miembros de la nobleza o mi nodriza, puede acercarse a mí si no es rodilla en tierra. Erguido y orgulloso de la sangre azul de los Habsburgo que fluye por mis venas, os miro con desdén a lomos de mi pequeño pony saltarín. Vosotros, rebaño de fisgones, también me miráis. ¿Qué veis? Fijaos, fijaos atentamente. Lleváis esperando un largo rato y los de atrás os empujan.

Fijaos en los detalles de mi suntuosa vestimenta y el refinado aparejo de mi cabalgadura. Observad las bridas engarzadas en oro, el dorado adorno entre sus orejas, el paño bordado que cubre la silla de montar..... Todo magnífico y de incalculable valor.

Fijaos en mí, a horcajadas sobre mis cortas piernas y sujetando las riendas ¿En qué pienso? Podéis tratar de adivinarlo pero jamás conseguiréis saberlo, porque Dios ha interpuesto entre nosotros un vasto abismo, una rotunda e insalvable diferencia. Yo soy la realeza y vosotros la plebe, el populacho, una turba de rostros diluidos en la masa.

Yo soy el pasado, vosotros el futuro y, salvo este fugaz atisbo de curiosidad grosera, no existe encuentro posible para nosotros en el presente. ¿Qué sabéis vosotros, ignorantes de la historia, de palabras como "majestad" o "poder absoluto" que forman parte de mi ser desde el mismo día de mi nacimiento? Puede que sea joven, un niño tan solo, pero ya tengo astucia y madurez y soy un

experto en actitudes regias —cómo sonríe un rey, como ha de enfurecerse, cómo puede dejar a sus súbditos temblando de miedo con su real indiferencia—. Respiro un aire distinto al vuestro, un aire perfumado e intenso hasta la pestilencia, en el que se mezclan elegancia y sangre, arte y vileza, placer y conjuras. Cada cierto tiempo soy portado en procesión por las calles, como símbolo del poder que represento y vuestros sucios antepasados me obsequian con una gritona algarabía de vítores o insultos; eso no lo sé con certeza.

Pensad cómo me preparan cada día, cómo me visten de muñequito o santo, mientras yo, sentado con aburrida displicencia, voy dando permiso a mis tres doncellas para que levanten mi mano o mi brazo, para que me ayuden a ponerme de pie y para volverme a sentar. "¿Nos permite su Alteza Real...? ¿Nos concede su Alteza Real licencia para...? " "Perdone su Alteza Real la molestia.... " musitan mientras me ponen los greguescos de terciopelo y meten por dentro la camisa de lino bordada. A continuación me ponen la casaca de brocado sobre un chaleco con dorados adornos, ajustan el cuello de encaje en torno a mi garganta y tensan el rígido fajín de satén que me cruza el cuerpo. Por último colocan en mi cabeza el enorme sombrero negro con su empinada escarapela. Bajo sus alas os miro con ojos muy abiertos y cautelosos. Un niño, un pequeño príncipe montado en mi pequeño corcel, con la palidez de mis múltiples dolencias reflejándose enfermiza bajo el imponente sombrero.

Dolencias regias —fiebres, convulsiones, desgarradores dolores en los huesos, una sangre aguada; nada que ver con las apestosas epidemias o las úlceras que afectan a la plebe—. Cuando estoy enfermo mis padres no pueden conciliar el sueño y hay una docena de médicos pendientes de mi.

Yo me aferro llorando con espasmos de fiebre y miedo a los brazos de mi nodriza.

Cuando por fin consigo dormirme, las pesadillas me traen imágenes de imponentes sepulcros y de la terrorífica soledad de El Escorial. Allí se pudren lentamente mi abuelo y mi bisabuelo y veo cómo uno de ellos estira su mano huesuda y refulgente de anillos para arrastrarme a su lado. Empapado en sudor me despierto al escuchar mis propios gritos. Inmediatamente traen una camisa de dormir limpia y, con el murmullo de las oraciones como fondo, me cambian y encienden velas nuevas. ¿Qué sabéis vosotros de esas madrugadas con olor a cera perfumada, el fulgor ceremonial de los cirios y el murmullo de los que rezan como si ya estuvieses en el ataúd? Mis padres no pueden dormir. Me miran y sufren porque me quieren, y por otras razones. Mis ojos enfebrecidos y arrasados por el dolor y las torturas que sufro a manos de los médicos lo perciben claramente. Puedo sentir su miedo: un rey sin heredero es un rey en peligro, un reino en peligro. La dinastía depende de mi. Ésa es la razón por la que, a pesar de mi endeble salud, me veis marcial y orgulloso sobre mi caballito saltarín. Mis ataques de fiebre y mis convulsiones alientan esperanzas en ciertos sectores. La noticia de que el príncipe Baltasar Carlos Carlos vuelve a estar enfermo es tan valiosa para los nobles que conspiran como tener un nuevo aliado en Europa.

Por eso, tan pronto como tengo fuerzas para abandonar mi lecho de enfermo, me ofrecen a la vista del pueblo. Un rey minúsculo que a lomos de su pequeño corcel reproduce las mismas rutinas que otros reyes del pasado. Los cortesanos aplauden y mis padres me adulan y malcrian.

Sin embargo, junto a mi lecho de enfermo, noto la desesperación en sus rostros. "Carlito, Carlito", dice mi madre posando su mano fría, sus dedos profusamente enjoyados, en mi mejilla. Su piel fría y la mía que arde se juntan y siento que sus dedos, como barras de hierro, acarician mi rostro, perdida ya toda esperanza. Mi padre, muy serio, habla con el médico de más rango. Tiene esa expresión que conozco tan bien en la que se entrecruzan su amor por mi y una ineludible y perturbadora interrogante: ¿qué ocurrirá si... ? Luego coge a mi madre del brazo y se la lleva de la estancia porque, para entonces, a ella ya le es imposible ocultar sus sollozos. Y es en ese momento cuando mi padre, por un brevísimo instante, cierra los ojos en un gesto de cansancio y asco. Se equivocó al elegir. Eligió una reina que ha transmitido su salud quebradiza a su único hijo y heredero.

Pero se dice que no es únicamente culpa suya sino del agotamiento de la dinastía, que hace que sus varones sean cada nueva generación más débiles, holgazanes y carentes de voluntad, seres manipulables como la cera en manos de sus favoritos. Mi real progenitor, aun siendo espléndido, alto y rubio, con esos mofletes caídos en un mohín que hemos heredado mi hermana y yo —si miráis alrededor nos podéis ver a todos y comprobaréis el parecido familiar— es considerado una simple marioneta que bai-

la a las ordenes del Conde Duque. Se dice que sólo sirve para sancionar con su real firma las decisiones del favorito: declarar la guerra, crear impuestos, establecer alianzas... todo. Dicen que es débil e indolente, pero yo lo veo magnífico y me siento orgulloso cuando cabalgamos juntos. Es un rey de los pies a la cabeza.

¿Y yo? Yo no seré como él cuando sea rey. Sé que soy bajito para mi edad y que estoy consumido por mis enfermedades. Sé que no tendré sus elegantes trazas, pero en otros aspectos estoy mejor preparado que él. Tengo oídos hábiles y sé escuchar los rumores en los corredores, en las pérgolas de los jardines, en torno a mi lecho. Incluso cuando estoy delirando capto palabras y nombres que pueden serme útiles en el futuro. Si, me estoy preparando.

Ya tengo pensado cómo controlaré mi reino y mi imperio desde mi gabinete, como hizo mi bisabuelo. Me veo sentado frente a un gran escritorio con montones de proyectos y peticiones, con los informes de mis virreyes, las cuentas de las cosechas reales y las cartas de mis embajadores. Yo lo voy leyendo todo y reflexiono mientras los nobles que urden conspiraciones y los aspirantes a favoritos se desesperan impacientes en la antecámara durante horas y horas. Así los mantengo ocupados; una palabra aquí y otra allí es lo único que se necesita para generar rivalidades y sospechas. Examinaré personalmente cada documento, y mi firma, que ya ensayo en todas partes —en papel de vitela, en la tierra del jardín, en los cristales empañados de las ventanas— será la garantía de que yo, el rey, ha meditado y ha decidido.



Dicen que ya soy, por naturaleza, un chupatintas, un funcionario. Pero para gobernar este país indómito y corrupto, con su glorioso e incivilizado imperio a océanos de distancia, hay que ser al mismo tiempo valiente y minucioso trabajador. Y así es cómo yo seré. Yo, Baltasar Carlos, recuperaré los días de gloria, los días victoriosos. Despojaré a los traidores de sus riquezas y arrojaré a los duques conspiradores a los calabozos.

Celebraremos grandiosas ejecuciones, desbordantes de fastuosidad y terror. Construiré una catedral más grande que las de Sevilla y Toledo y un palacio más grandioso y suntuoso que el Escorial, con pavos reales y jaulas repletas de fieras salvajes, con amplias avenidas y surtidores que sé elevarán hasta el cielo. Todos los aposentos estarán empapados de deliciosos perfumes, con braseros donde se quemarán especies y fuentes de agua olorosa que me hagan olvidar el hedor viciado de mi alcoba, la fetidez del populacho y el olor a bestias de los cortesanos que se acercan a mí. En ese momento, cuando yo sea rey, nadie hablará de los últimos días de la dinastía. Los que estáis ahí, incluso los que atisbáis sin apenas entender nada

¿no veis cómo a lomos de mi pequeño corcel, mi faz pálida y seria bajo el pesado sombrero, es la de un ser que lleva el futuro consigo? ¿Por qué otra razón habría yo de vivir como un príncipe y no como un invalido gimoteante? Y creedme que hay momentos en los que eso es lo único que quiero.

Se dice que un rey es un hombre llano convertido en obra de arte. Si esto es cierto, yo, que casi soy un rey, soy una obra de arte por partida doble. Ese pintor Don D. me conocía bien pero no me agrada del todo esa sagacidad con que ha captado el rictus de ¿duda tal vez? en torno a mis labios. Tampoco el esbozo de mi resuelta y desconfiada forma de mirar, no exenta de cierta sensualidad e indecisión, que habría que atribuir a mis múltiples enfermedades y a los agobiantes mimos de que soy objeto. Soy un niño regio y enfermizo que recibe por igual todos los caprichos y los más solemnes sufrimientos de este mundo. ¿Os asombra que el perspicaz pintor de la corte viera en mis facciones la Voluntad Imperial y, al mismo tiempo, el impertinente y leve mohín de una criatura permanentemente acunada por pechos maternos?

Pero yo preferiría que no prestaseis mucha atención a ese gesto que sugiere cierta vacilación. A pesar de toda la parafernalia que me rodea, soy sólo un niño; un niño que ya está al tanto de lo que son la muerte y la inmortalidad. Y hago todo lo que puedo.

Don D. tomó apuntes los días buenos, aquéllos en los que podía correr a mi antojo y martirizaba a los mozos de cuadra en los establos reales escondiéndome bajo el vientre de los pura sangre. También los días malos, cuando me sentaba envuelto en montones en un enorme sillón frente a la chimenea, temblando con todos los suplicios del alma y del cuerpo. Ambas cosas, alma y cuerpo, las ha captado ¡demonio de pintor! con su asombroso pincel, pero en conjunto ha reflejado fielmente lo que me dijo en cierta ocasión: "De toda vuestra familia sois Vos, Don Baltasar Carlos, el de más noble porte". Y eso que aquel día la enfermedad casi no me dejaba ni abrir los ojos. Pero posé para él, pétreo y erguido, sobre una montura de madera que me servía para simular la postura de un jinete.

Pasad, pasad y contemplad al resto de la familia. Ahí tenéis a mi hermana, encantadora con sus rubísimos cabellos, aunque también portadora de esas feas mejillas, rotundas y caídas, de todos los Habsburgo. Está de pie, la imagen de la pura inocencia aprisionada en la jaula de su vestido gris-plata, mientras sus damas de honor la atienden alegremente y una le ofrece un objeto que, por alguna razón, ha sobresaltado a la imperturbable María Teresa. Mi hermana es muchos años menor que yo, pero ni lo que soy ahora ni la dignidad que el futuro me reserva, la intimidan lo mas mínimo; y aunque tiene que hacerme la reverencia protocolaria cuando paso, inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo, en la intimidad de nuestros aposentos se burla de mí sin compasión alguna. Es obstinada, vivaz y goza de una salud exultante. Por ello ¡Dios me perdone! a veces la odio hasta llegar a las lágrimas.

En ocasiones, cuando me siento bien, jugamos al ajedrez y al backgammon, o nos inventamos nuestros propios juegos, como el juego del futuro, que es el mejor de todos. Jugamos a establecer alianzas, sopesamos las ventajas del amor o la guerra y enviamos a sus muñecos como embajadores a Francia, Baviera, Austria, Saboya o Nuremberg. Según los informes de los muñecos organizamos los preparativos para grandes enlaces o grandes invasiones. Disponemos largas divisiones de jinetes y soldados de infantería, con estandartes y marchas militares. Y yo marchó resplandeciente a la cabeza de mis generales. O bien organizamos el festín de su boda, con muchas rosas y mazapán, su dulce preferido. Siempre me trae cuando estoy enfermo pero no puedo comerlo porque me hace vomitar si tengo fiebre. Algunas veces pienso si no lo hace con cierta malicia.

Pero ése es nuestro mundo privado y no es de vuestra incumbencia. Yo, el príncipe Don Baltasar Carlos, os miro de frente, masas bien vestidas y alimentadas, con todo el desdén de que soy capaz. Porque ni vosotros ni aquellos otros súbditos que eran los campesinos hambrientos, podréis saber jamás lo que significa verse obligado a mantener el ostentoso ceremonial real a lomos de un caballito mientras los letales síntomas de la decadencia y la pesada carga de la dinastía y el destino hacen de mi cuerpo un campo de batalla.

Aun suponiendo que lo tengáis, el vuestro es un futuro insignificante que no cambiara el curso de la historia. Mi vida en cambio, estaba calculada y medida, pero Dios me negó su protección.

notas

1. El Príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y María Teresa de Austria, murió a los 17 años. Su retrato fue pintado por Velázquez alrededor de 1634.
2. Una Leonie Flett nació en la India pero ha vivido en Escocia la mayor parte de su vida. En 1987 se instaló en el sur de España. Ha publicado dos novelas *Falling from grace* y *Revisiting empty houses*, así como múltiples relatos cortos y artículos periodísticos. "Retrato de un príncipe" recibió el primer premio de relatos de *The European*.
3. El traductor: Ángel M. Arqueros Gutiérrez es Catedrático de Inglés en el I.E.S. "Celia Viñas" de Almería.